



Viven en 34 campamentos en Bangladesh

Sant'Egidio está presente en cuatro campamentos de este pueblo expatriado en Bangladesh

Rohingya: el mayor genocidio del siglo XXI

MIGUEL ÁNGEL MALAVIA

En uno de sus viajes para organizar el 33º Encuentro Internacional de Oración por la Paz, que se celebrará en Madrid del 15 al 17 de septiembre, entrevistamos a **Alberto Quattrucci**, secretario general de Encuentros Internacionales 'Pueblos y Religiones', el departamento de la Comunidad de Sant'Egidio que se ocupa del diálogo interreligioso (VN, nº 3.129). Una cita que da para hablar de lo divino y de lo humano con un hombre apasionado, pero que, además, sirve para poder poner el foco en un drama olvidado: el del pueblo rohingya.

Hace dos años, todos nos conmovimos con las imágenes que mostraban a un pueblo entero, de noche por las montañas, huyendo de Myanmar a Bangladesh. El desesperado éxodo despertó un alud de apoyos..., pero, ¿qué es hoy de ellos? ¿Cómo viven en la tierra que los acoge? Aún más... ¿El mundo recuerda a los rohingya? Quattrucci defiende que hay que ir al principio de la historia: "Es una tragedia antigua, que viene de muchas décadas atrás. Tras el fin del colonialismo inglés en 1948, el país, entonces Birmania, acabó cayendo en manos de los militares, que lo siguen tutelando hoy. Y es que, aunque el

partido de **Aung San Suu Kyi**, Premio Nobel de la Paz, mantenga el Gobierno y ella asuma tres ministerios destacados, todo pasa por el ejército, imperando en el país un fuerte nacionalismo que entronca con la religión mayoritaria, el budismo".

A su juicio, "cuando religión y nacionalismo se unen, de ahí solo puede salir el odio". Y eso ha pasado en Myanmar: "Allí tiene mucha influencia el movimiento budista Ma-ba-tha, fundamentalista; nada que ver con la imagen que tenemos del budismo en Europa como una religión de interioridad, meditación y paz. Pero el gran culpable es el monje budista **Aishin Wiratha**, que lleva años difundiendo una cultura del odio contra los rohingya, la minoría islámica del país, que llevaba siglos viviendo en Rakhine. Como ocurriera en Ruanda con hutus y tutsis, sus discursos señalando a los musulmanes como enemigos y su idea de que, al reproducirse más que el resto, van a 'invadir' a la sociedad y a hacer peligrar su identidad, calan en muchos. Y ha llegado a pedir en muchas ocasiones 'matarlos a todos...'".

Un punto culminante en esta barbarie se dio hace unos años, "cuando se difundieron cientos de miles de copias de una cinta en la que, presunta-

mente, una mujer budista era violada por muchos musulmanes. Se desconoce de dónde viene la financiación que llevó a cabo esa campaña, que tuvo un gran éxito a la hora de criminalizar a toda una comunidad, pero hay muchos rumores sobre diferentes apoyos internacionales que favorecen la desestabilización y apoyan el nacionalismo a través de una venta indiscriminada de armas. Y más en Rakhine, una región que une el territorio de China con el Índico, no siendo difícil pensar que existan intereses económicos al permitirle una salida directa al océano...”.

“Lo cierto –abunda– es que estas *fake news* han influido en muchos birmanos, empezando por los militares, partidarios, como en Tailandia o Sri Lanka, de un sector del budismo que articule su discurso nacionalista. Así, entre 2012 y 2016 se cometieron todo tipo de atrocidades contra los rohingya en Rakhine, quemando el ejército aldeas, violando a mujeres, torturando y asesinado a sus líderes... Y eso que, desde los años 80, ya hablamos de una minoría invisible, puesto que a todos los rohingya se les retiró la nacionalidad y ni siquiera cuentan con un documento de identidad, no teniendo así ningún derecho, tampoco en educación o sanidad”.

El informe de Kofi Annan

La situación llegó a tal punto que, “el 25 de agosto de 2016, Aung San Suu Kyi le encargó a la ONU una inspección interior para que recabara todos los datos y, al cabo de un año, le propusiera al Gobierno una serie de medidas a tomar. El responsable de la investigación fue **Kofi Annan**, quien fuera secretario general de la ONU. Hizo un trabajo meticuloso y, al cabo de un año, el 24 de agosto de 2017, le presentó un informe voluminoso con todas las denuncias sobre los derechos vulnerados y las propuestas de cambio. Aung San Suu Kyi se lo agradeció y le aseguró que lo tomaría en serio, pero ese día los militares dejaron claro que no se haría absolutamente nada”.

“Significativamente –asegura Quattrucci–, solo un día después, el 25 de agosto, un supuesto movimiento de liberación rohingya, compuesto por unas 80 personas, inició una lucha violenta... Fue el pretexto para que, el día 26, el ejército birmano entrara en Rakhine y arrasara todo. Destrozaron aldeas enteras y cogieron a muchos maestros de las madrasas y los cortaron en pedazos”. En solo unas semanas, 750.000 rohingya huyeron a la vecina Bangladesh, instalándose al sur del país. Fue un exilio a la carrera, desesperado, atravesando un pueblo entero las montañas. Así, la práctica totalidad de esta comunidad indígena islámica, compuesta por 1.100.000 personas, vive hoy fuera del que ha sido su país durante siglos.

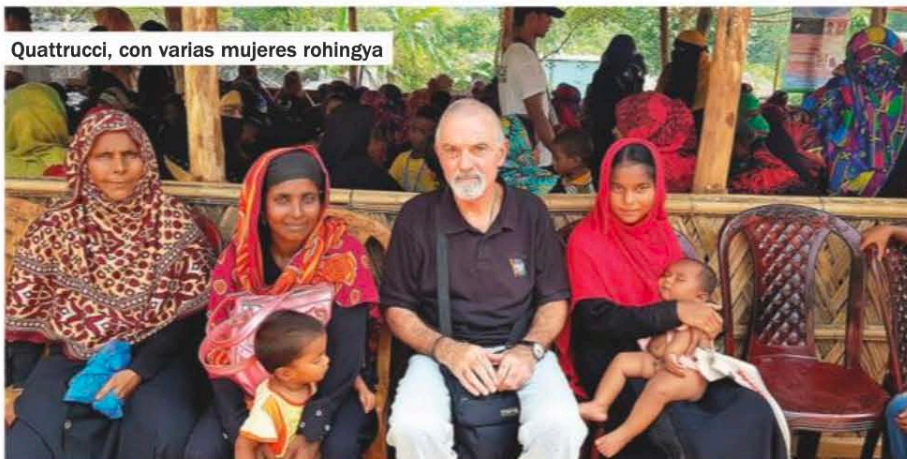
El nombre de Dios...

Quattrucci estuvo en el viaje de Francisco a Bangladesh, en diciembre de 2017. Junto a la Cáritas bengalí, Sant'Egidio hizo posible su encuentro con algunos rohingya. “Había mucha tensión –cuenta–, pues antes, en Myanmar, el Gobierno había impuesto que no pudiera citar la palabra ‘rohingya’. En Bangladesh pudo reunirse con 16 de ellos. Los llamó para que subieran al palco. Y lloró con ellos. Les pidió ‘perdón en el nombre de la humanidad’ y añadió esto: ‘El nombre de Dios es rohingya’.

Por si fuera poco, este laico italiano da otra clave: “Su raza es más oscura, como los *dalit*, los ‘intocables’ en la India. Y esto en Asia, más allá del país y la religión, equivale a estar siempre en una escala inferior. Así, a los rohingya, además de su condición de minoría étnica y religiosa, les marca su color”. Todos ellos, condicionantes que marcan el rasgo fundamental: “Son el pueblo más pobre entre los pobres”. Y, por ello, “podemos afirmarlo: los rohingya sufren el mayor genocidio del siglo XXI... Aunque sea silencioso”.

“En Sant'Egidio –destaca– vemos la Historia desde las historias personales”. Así, además de las muchas veces que él ha estado en Bangladesh estos años, acompañando a un pueblo en su éxodo, vive a flor de piel su sufrimiento a través de un amigo: “Es **Mohamed**, padre de cinco hijas y durante años maestro de una madrasa en una aldea de Myanmar. Cuando el ejército entró en su zona, él lideró la huída de los 1.600 habitantes de la aldea. Salieron de noche y cargaban con los ancianos en grandes cestas. Un día, un grupo de 20 mujeres bajó a un río a lavar la ropa. Las sorprendieron los militares y las violaron a todas. Él lo vio desde la distancia, pero no pudo hacer nada, aunque entre las víctimas estaba su mujer, porque habrían sido vistos los 1.600 vecinos. Se sacrificó por su pueblo”.

La vida de más de un millón de rohingya sigue en el alambre en el país vecino. Están concentrados en la región de Chitta Gong, en 34 campamentos. Desde noviembre de 2017, Sant'Egidio está presente en cuatro de ellos. Han creado un centro nutricional y una Escuela de la Esperanza y la Paz, con capacidad para 300 niños. “Es poco –concluye Quattrucci–, pues hay 650.000 niños, pero es el inicio y lo importante es poner en marcha procesos”. ¿Utopía? Para Sant'Egidio, impulsora de los corredores humanitarios en una Europa anestesiada y de diálogos por la paz en hasta 18 conflictos bélicos, lo imposible es solo el primer paso para encarnar la profecía. ●



Quattrucci, con varias mujeres rohingya